

ciones que dan lugar a cada una de las constituciones de sentido de un texto y a las funciones sociales que es susceptible de desempeñar, dependientes de la noción, en permanente cambio, de la literatura (p. 246).

En este sentido se inscribirían estudiosos de la literatura latinoamericana como Casiana Lacerda Carollo quien, partiendo de posiciones cercanas a Jauss, apunta hacia la constitución y función social del sentido y al papel social de la literatura.

5. No obstante que esta reseña ha pretendido ser meramente descriptiva, diremos solamente, para orientación del lector, que no se trata de un estudio ponderado e imparcial sino, por el contrario, polémico y partidista. El autor escoge una posición y excluye todas las demás, en un englobamiento no matizado de los teóricos y críticos que no se ajustan a su modelo.

La imposibilidad de una secuencia lógica —debida a la fragmentación de los ensayos que integran el libro— aunada a una sintaxis bastante compleja, troncada por marañas incidentales, así como citas en portugués y expresiones en alemán, exigen un esfuerzo adicional a cualquier lector profano.

Por otra parte, la “nueva noción de literatura” que el autor descubre en Latinoamérica parece ser ya un tanto añeja (siglo XIX) en el resto del mundo. Cabría también preguntar: ¿no tendría algún lugar la lingüística —tan vapuleada por el autor— dentro de la “ciencia de la sociedad?”.

Ahora bien, la obra reseñada supone un amplio conocimiento de la literatura latinoamericana contemporánea y una vasta erudición bibliográfica, acotada al pie de página. Esto, unido a la intención integradora y revalorativa de nuestras letras y a la búsqueda de una “descolonización cultural”, hace que pueda considerársele como una aportación válida para un estudio plural de nuestra cultura literaria.

LUIS ANTONIO CARREÑO GALLO

Facultad de Filosofía y Letras,
UNAM

ELMAR HOLENSTEIN, *Jakobson ou le structuralisme phénoménologique*, París: Seghers, 1974, 244 pp.

En calidad de asistente de Jakobson en Harvard, Holenstein tuvo la oportunidad de profundizar en la obra del maestro ruso y discutir

con él las implicaciones filosóficas del estructuralismo. Su tesis principal a lo largo del libro es la de que el estructuralismo está imbricado en la producción jakobsoniana juntamente con la fenomenología que proviene de Husserl. Para cumplir su cometido, el autor se remonta a los comienzos del estructuralismo en las escuelas de Moscú y Praga, sigue de cerca su desarrollo y complementación, pasa revista a las etapas de la carrera científica de Jakobson y a las corrientes estructuralistas de comienzos del siglo XX. Analiza los principios filosóficos y metodológicos que conllevan una "filosofía latente", principios que guían implícita o explícitamente la concepción estructuralista de Jakobson. Finalmente, vuelve a los lineamientos de una teoría general de la lengua cuyos elementos han sido presentados por aquél en numerosas publicaciones.

Si hubiera una expresión justa que, a juicio de Holestein, caracterizara la obra de Jakobson, es la de estructuralismo fenomenológico. En 1929, el joven maestro ruso saludaba así el estructuralismo recién aparecido: "Si quisiéramos caracterizar brevemente el pensamiento que guía a la ciencia actual en sus manifestaciones más variadas, no encontraríamos expresión más justa que la de estructuralismo. Cada uno de los conjuntos de fenómenos que trata la ciencia actual es enfocado no como una yuxtaposición mecánica, sino como una unidad estructural, como un sistema y la tarea fundamental es descubrir sus leyes intrínsecas —lo mismo estáticas que dinámicas".

A primera vista, fenomenología y estructuralismo parecerían incompatibles. Cada uno de ellos genera corrientes que siguen direcciones opuestas: un irracionalismo místico que parte de la primera y un formalismo exclusivamente descriptivo y positivista, del segundo. Pero, cuando se atiende al inicio de ambos desde el Este europeo, la impresión es diferente. En vez de oposición hay contactos y complementaciones recíprocas.

Llama la atención que fenomenología y estructuralismo comenzaron por clarificar el problema de las estructuras estáticas. Al analizar un todo, un sistema, excluyen la explicación mecánico-causal de los hechos aislados, como era costumbre a fines del siglo XIX. Ambos rechazan, además, que la única explicación científica sea la genética, precisamente porque los dos descubren que hay otros medios de causalidad distintos de la simple causación mecánica. Una de ellas es la *motivación*, capaz por sí misma de ligar acontecimientos psíquicos, espirituales, y no meramente hechos materiales y físicos. Para Jakobson, es la *función* el criterio que guía el desarrollo lingüístico.

Hay dos tipologías estructurales que se sitúan en primer plano para Husserl: 1) las relaciones de base, válidas para los diferentes

aspectos de un objeto y 2) las relaciones entre objeto y sujeto que dirige su atención hacia él (p. 9). Jakobson aplica este principio a su obra innovadora sobre lenguaje infantil, hecho que lo condujo a los conceptos básicos de integración e interdependencia.

La autonomía interna de la lengua no impide a Jakobson analizar todos los aspectos y puntos de referencia de aquélla con el mundo, es decir, con las otras ciencias. Lingüística integral que es simultáneamente integración intralingüística e integración interdisciplinaria. Por consiguiente, es estudiada en relación con las ciencias naturales (biología), formales (lógica) y otras ciencias (antropología, sociología) sin que ella misma se disuelva en ninguna de aquéllas. Tampoco los hechos lingüísticos se identifican con los neurológicos, ni los de la lengua con los del pensamiento. La explicación de ahora abarca dos etapas: 1) una puramente lingüística, donde un hecho lingüístico no se explica directamente por el hecho psicológico o neurológico, como en la antigua lingüística, sino que es examinado a propósito de su relación con otros hechos lingüísticos; 2) la segunda etapa será interdisciplinaria; es decir, el sistema de los hechos lingüísticos reunidos y examinados se pone en relación con los sistemas de las otras ciencias. El resultado es la integración dinámica del objeto en una totalidad y no la asociación mecánica de elementos aislados. "El paso de un sistema a otro no consiste —dice Holenstein— en el desplazamiento de la estructura hacia otro asunto o materia, sino en una especie de transformación estructural" (p. 13). El estructuralismo así concebido es un sistema global de todos los sistemas individuales, un "sistema de sistemas", tal como se proclamó en 1928.

Las etapas científicas. Jakobson y sus compañeros del Círculo lingüístico de Moscú se oponen a la interpretación biográfica e histórica de la literatura, pues hay en ellos una concepción lingüística de la ciencia de la literatura que rectifica y supera las concepciones simbolistas. Es la época del despertar en compañía de jóvenes artistas y filósofos, como Majakovskij y Gustav Spet, discípulo de Husserl. En 1926 Jakobson participa en la fundación del Círculo lingüístico de Praga, donde intenta conciliar las antinomias del formalismo ruso y de la teoría lingüística de Saussure. A partir de 1933 enseña en la universidad Massaryk, época fecunda que lleva a la elaboración de la teoría sobre los rasgos fonológicos distintivos. Con motivo de la ocupación nazi abandona Checoslovaquia (1939) se exilia en Dinamarca y Noruega. Luego en Suecia (1940) y, finalmente, en los EE. UU. (1941). Al final de los años 50 la lingüística americana se transforma. Sus bases empíricas y behavioristas son cuestionadas por concepciones nuevas neo-racionalistas. La etapa norteamericana de Jakobson es de consolidación y amplia base

interdisciplinaria gracias a la estrecha colaboración con sabios especialistas: el físico N. Bohr, el biólogo François Jacob, el neurólogo A. R. Luria y los iniciadores de la cibernética y la teoría de la información, sin contar con los técnicos en acústica y análisis espectral quienes le ayudaron a desarrollar su teoría fonológica; por otro lado, tuvo contacto con los representantes de la filosofía analítica. Todo ello contribuyó en gran medida al desarrollo de la lingüística.

Las tendencias estructuralistas del siglo XIX se manifestaron en muchas partes y en diversos movimientos culturales y científicos, sobre todo, en la psicología descriptiva de Brentano, la psicología estructuralista de Titchener, la psicología de la Gestalt, el programa saussureano de una teoría general de la lengua, en las matemáticas y las artes. Brentano distingue entre el método genético y el descriptivo. El primero explica los datos psíquicos refiriéndolos a fenómenos psíquicos anteriores y finalmente a procesos fisiológicos. El segundo, en cambio, descubre relaciones intrínsecas dentro del objeto que aparecen en los datos proporcionados por la experiencia. El método genético aplicado a la lingüística pretendió explicar hace más de un siglo las mutaciones consonánticas por medio del cambio de los órganos vocales, los cuales eran explicados por influencias externas, ya fueran ecológicas o sociales. Era la explicación atomística y mecánico-causal que desdeña las formas complejas de interrelación entre los sistemas y sus partes.

La psicología estructural de E. B. Titchener no admite la explicación funcional. Es una ciencia atomística de la construcción de los hechos. El estructuralismo praguense, por el contrario, es estructural y funcional. Las dos clases de análisis están relacionados desde 1931 cuando V. Mathesius informó al II Congreso Internacional de Lingüística en Ginebra, sobre el "Lugar de la lingüística funcional y estructural en el desarrollo de los estudios lingüísticos". Los conceptos fundamentales de fonema y oposición binaria sólo se comprenden funcionalmente.

El concepto de estructuración interna de las formas es el aporte de la psicología de la Gestalt. Ya no se trata de oponer estructura y función, o de excluir una de las dos, sino de averiguar si los elementos de un todo están regidos por leyes estructurales, cuya finalidad es la coexistencia de las partes. Según la teoría de la Gestalt, los más simples elementos de la percepción tienen una estructura de relaciones que les es propia y no impuesta desde afuera. La psicología de la forma habla, en efecto, de "todos parciales", concepto que Jakobson toma de aquí y lo aplica a la fonología. Además, la forma permanece invariante respecto a elementos variables, noción que da lugar al carácter transferible de las cualidades de la forma. Estas dos características son válidas para la relación de

oposición, tanto en el interior de cada lengua (intralingual) como a nivel de diferentes idiomas (interlingual). Saussure es el autor de una primera teoría sistemática de la lengua. Lo anteceden, en Polonia, Baudouin de Courtenay, famoso por la definición estructural y funcional del fonema, y Kruszewski, que fue el primero en desarrollar la teoría de los ejes de la lengua. Para los praguenses es notable como antecedente la escuela de Brentano, por su método descriptivo y por el concepto de acto psíquico como "vivencia intencional", como algo que no se agota en sí mismo y tiende al objeto. Cada fenómeno psíquico está dotado de intencionalidad y como tal hace referencia a un objeto.

Lo que llamó la atención de Jakobson en la noción de estructura en matemáticas fue la idea de invariante: "hay propiedades que no son afectadas por las transformaciones del grupo; se trata de descubrir una teoría de las invariantes relativas al grupo" (p. 30). En consecuencia existen dos tipos de variaciones. En el primero las diferentes propiedades (concretas y abstractas) de un conjunto cambian, mientras que otras permanecen invariantes a lo largo de las transformaciones. En el segundo, son los elementos materiales, en cuanto tales, los que son cambiados. Lo que permanece invariable es la estructura abstracta que sufre, mediante las transformaciones, diferentes representaciones concretas.

Las artes que preceden a la I Guerra Mundial, en especial los movimientos de vanguardia en pintura, poesía y música, son las que dan impulso a las nuevas concepciones en los Círculos de Moscú y Praga. Temas comunes agitan a científicos y artistas: la invariancia dentro de la multiplicidad, el alcance de las relaciones entre el todo y las partes, la nueva concepción del tiempo, flexible y dinámica, que Einstein desarrolló para la física y que inspiró a Jakobson para superar la rígida relación entre sincronía y diacronía.

Sincronía y diacronía. Para Saussure el eje sincrónico y el diacrónico se oponen radicalmente. Para Jakobson son unidades complementarias que contienen aspectos estáticos y dinámicos y están orientadas teleológicamente hacia un mismo sistema. Saussure hace de la descripción sincrónica un principio metodológico, interesado como está en lo que él considera el carácter sistemático y estable de la lengua. Jakobson, admite la oposición neta entre el aspecto sincrónico (estático) y el diacrónico (dinámico) como fecunda hipótesis de trabajo, puesto que pone en evidencia el carácter sistemático de la lengua y de la literatura; pero postula que se examinen de nuevo los principios de la diacronía. La sincronía no es estática ni la diacronía es aglomeración mecánica de fenómenos.

La idea básica de Saussure es la de que los elementos lingüísticos no pueden considerarse aisladamente porque su valor está en función de los otros. La lengua es un todo cuyas partes son interdependientes o solidarias, dice. Esto desde el punto de vista negativo de la oposición. "Sin embargo, el valor de un signo puede también determinarse y enriquecerse positivamente de modo suplementario por una relación de semejanza" (p. 39). Para Holenstein las relaciones de "semejanza y oposición tienen un carácter de finalidad. Su función consiste en hacer posible la identificación y la diferenciación de los sentidos", a través de los signos. Pero el valor de éstos y de los datos lingüísticos que aportan no se limita a la línea de las simultaneidades que de por sí es estática, según Saussure, ya que dicha línea excluye la intervención del tiempo.

Jakobson supera esta limitación saussureana. Amplía la determinación del valor de los datos lingüísticos por medio de datos antecedentes y subsiguientes, distintos de los simplemente coexistentes, vinculando así diacronía y sincronía. Ni lo dinámico ni lo estático son patrimonio exclusivo de ninguno de los dos ejes: "La historia del sistema es a su vez un sistema". El sincronismo puro aparece ahora como pura ilusión: cada sistema sincrónico contiene su pasado y su porvenir, los cuales son elementos estructurales inherentes. No es, pues, la simultaneidad objetiva sino la subjetiva la que cuenta para dilucidar un acontecimiento sincrónico. Para Jakobson, el objeto de la lingüística sincrónica no son los hechos de la comunidad lingüística sentidos como simultáneos entre ellos, sino los percibidos simultáneamente por ella, en tanto que contenido de su conciencia lingüística, en donde incluso algunos de esos hechos se refieren al pasado y otros gravitan sobre el futuro.

Sujeto y objeto. Se reprocha al estructuralismo el hecho de sacrificar al sujeto a un sistema impersonal y autorregulador. El sujeto que la filosofía moderna coloca como centro de interés es suplantado por un "formalismo absoluto" donde no hay sino objetos y relaciones interobjetivas. Esta crítica, de ser exacta, se convertiría en seria porque está dirigida a la lengua donde por lo menos se presuponen dos sujetos en juego. En el estructuralismo de Jakobson el sujeto aparece como observador que es parte de la observación, como productor y receptor intersubjetivo e inconsciente, de un mensaje lingüístico. Dicho sujeto, pues, está enriquecido con las dimensiones de la intersubjetividad y del inconsciente, más cerca de la fórmula del "yo descentrado" de Lacan y parte de la "muerte del sujeto" de Foucault. Es el análisis husserliano de la conciencia el que da nueva dimensión y capacidad al sujeto. Parte inicialmente del problema de la percepción, pasa por una etapa egocéntrica y

llega, después, a formas intersubjetivas enriquecedoras del yo. La mayor convergencia entre fenomenología y estructuralismo se da en lo que se refiere a los aspectos intersubjetivos e inconscientes de la creación lingüística (p. 60). Husserl, en efecto, inspira a Jakobson en lo relativo al sujeto en tanto que parte integrante de la experiencia cotidiana y de la observación científica. Para ello hay que definir la percepción como acto en tanto que interpretación específica del material sensible disponible. Apoyándose en este concepto, Jakobson se opone a la tentativa de explicar la percepción de los sonidos de la lengua por medio de las sensaciones auditivas elementales. No es la especificidad de los sonidos que permite diferenciarlos de los ruidos "ordinarios" lo decisivo para la percepción lingüística, sino la transformación que hace el sujeto del material bruto sensible en valores lingüísticos y la clasificación de la percepción en vista de un sistema determinado. El problema básico de la percepción es que, según toda verosimilitud, los mismos objetos pueden ser aprehendidos de modo diferente. La conclusión es lógica: un examen puramente objetivo es ilusorio, no hay aprehensión del objeto sin la práctica transformadora o deformadora del otro. Saussure escribió: "es el punto de vista el que crea el sujeto"; Jakobson cambia los términos "percepción" y "punto de vista" por el de "orientación" y "actitud", sobre todo después de su contacto con Bohr, quien postuló en la física cuántica el carácter inseparable del observador y el objeto. De esta manera, la orientación o enfoque subjetivos tienen parte importante en la constitución formal del objeto. Enfoque éste que mereció un estudio especial sobre dos disciplinas, la poética y la fonología, donde los diferentes factores que componen la situación lingüística, se refieren a la percepción de las formas. El observador siempre mira desde una situación histórica que carece de perspectivas únicas. El sujeto aislado se halla en medio de una "escena abierta" donde pueden ocupar diferentes lugares.

Forma y materia. "La manera como la lengua utiliza la materia sonora, eligiendo ciertos elementos y adaptándolos a sus diversos fines, es el objeto de una disciplina lingüística especial" (la fonología), la cual se distingue de la fonética que busca "recoger una información lo más exhaustiva posible sobre la materia sonora bruta, desde el punto de vista de sus propiedades físicas y fisiológicas". En este contexto, el desarrollo de la investigación fonológica que condujo a la descomposición de los fonemas en sus cualidades distintivas, condujo también, a redefinir el fonema como "el conjunto de las cualidades fónicas simultáneas que son utilizadas en una lengua dada para distinguir palabras de sentido diferente".

Según esta nueva posición, los fonemas ya no representan las más pequeñas unidades lingüísticas, sino que tienen componentes aún más pequeños, los rasgos distintivos.

Jakobson tiene, pues, el mérito de haber esclarecido la estructura y el número de los rasgos distintivos. Se trata, dice Holenstein, de un sistema jerarquizado de un pequeño número de oposiciones binarias que representa siempre sólo una fracción del número de los fonemas de una lengua (p. 91). Gracias a ellos, la fonología capta cualidades no sensibles y formales; percibe cualidades de igualdad, diferenciación y oposición. Igualmente la actividad lingüística, mediante la cual el material fónico se clasifica, selecciona y adapta en vista de la función. La misma actividad lingüística es la que extrae oposiciones binarias del material fónico natural o las asigna. El material fónico es siempre un "artefacto cultural"; "sentido" y "sonido", son dos aspectos correlativos del signo lingüístico. El sentido, pues, no es un epifenómeno cuyas leyes se fundan sobre otra realidad distinta del sonido. Sentido y estructura (sistema) no pueden ser considerados como formas opuestas. El sentido mismo ya está estructurado y aparece en un sistema de combinaciones y de modificaciones del sentido (p. 95). En consecuencia, Holenstein se refiere al "sentido en tanto que principio formal", es decir, que las asociaciones de sonidos reciben su forma específicamente lingüística en vista de una función de significado.

Hecha la aclaración de que el "sentido existe a todos los niveles" de la lengua y de que "sólo la estructura del sentido es diferente para cada uno de esos niveles" (p. 97), se llega a la consideración de "el sentido en tanto que factor formal de los textos poéticos" (p. 101). Este aspecto de la investigación de Holenstein aclara la marcada evolución del pensamiento de Jakobson sobre su poética a lo largo de cuarenta años. En su lucha contra la definición temática de la poesía que tanto exaltaban los poetas simbolistas de Rusia, los futuristas y formalistas hicieron del material fónico el único objeto de la poesía. Se daba, como era natural en esa lucha contra el contenido de los enunciados, lo que Holenstein llama "la exclusión del cauce temático de la poesía por los futuristas, el cual aparecía bajo la forma revisada de la exclusión de la referencia a las cosas" (p. 102). El poeta se interesaba en conocer y utilizar creativamente las leyes y procedimientos que constituyen la lengua; los significados internos que actúan como principio formalizador del lenguaje no cabían al lado de los procedimientos técnicos. No obstante, "la constitución formal de un poema es tanto de naturaleza semántica y gramatical, como fonológica y métrica" (p. 102).

En 1960, hay un cambio fundamental en Jakobson, que coincide con una nueva concepción de la referencia, cambio que se esboza entonces ("Lingüística y poética") y que últimamente Jakobson ha llevado a mayores ampliaciones en ensayos recientes. La intención inicial de confinar la poesía al nivel fónico está clausurada; sin embargo, la nueva fórmula mediante la cual se distingue entre "sentido" y "referencia" se remonta a Frege; según la misma, dos expresiones pueden tener significados diferentes pero el mismo objeto, o la misma significación, pero objetos diferentes. Jakobson no acepta esto, pues para él no podemos designar un objeto sin introducido en una situación específica que le es propia; y cada objeto aparece siempre en una situación o sistema de relaciones determinado por el espacio, el tiempo o la materia con la cual hay que contar antes de determinar al referente.

Es evidente, entonces, que no es cuestión de "verdad" respecto del referente, sino de la "compatibilidad de dos significados, de dos modos de significación aportados por los datos y de dos determinaciones contextuales" (p. 107). Más adelante, Jakobson dirá que "a la lengua, y sólo la lengua, las entidades ficticias deben su existencia"; rechazará con Bentham la concepción realista de estas últimas. Igualmente, se opondrá de manera decidida a la nivelación de las diferencias del significado realizadas por las transformaciones, sin olvidar que el estructuralismo reemplazó la noción formalista de deformación por la de transformación, al decir de Krystyna Pomorska. El sentido, pues, está estructurado de diferente modo a los niveles de la lengua. Pero, en poesía, es la función poética la que hace saltar a un primer plano las virtuales transformaciones de la lengua en favor de un sentido estructurado fonológico, sintáctico y semánticamente mediante los procedimientos propios y adecuados del sistema lingüístico en cuestión.

Taxonomía. Los principios taxonómicos son segmentación y clasificación. Un cuerpo dado, es decir, un texto en el caso de la lengua, se puede dividir en unidades discretas. Lo importante, sin embargo, después de la segmentación y de la clasificación es la identificación de las variantes: ¿qué es lo que permanece después del cambio? Respecto al juego de la invariancia y las variaciones, hay que anotar que es la misma estrategia de leyes que se aplicaron primero en matemáticas y luego pasaron a la lingüística. "La comunicación intersubjetiva en la lengua se hace posible por la aceptación de medios comunes a todos" (invariantes) a nivel intralingual; y a nivel de varias lenguas (interlingual) por la presencia de invariantes interlinguales que se denomina universales (p. 116). Esta última noción ha sido rechazada por las escuelas empiristas. No obstante, Chomsky

habla de universales substanciales y formales. Jakobson, aunque clasifica de diferente modo, cree que hay invariantes universales, en fonología y en gramática, pero está contra la tesis empirista de que sólo existen significados procedentes de la situación. Hay dos realizaciones lingüísticas excepcionales que se fundan en la existencia de valores semánticos invariantes: la facultad de crear nuevos contextos y la facultad de traducir. Las significaciones exclusivamente contextuales son características de un tipo de afasia como es el determinado por la pérdida de la "semejanza" que imposibilita la conmutación.

Teleonomía. La nueva concepción de la finalidad se llama teleonomía. Un proceso es teleonómico cuando está vinculado a otro, el cual sin ser su causa única lo arrastra a su corriente. A su vez, la orientación de un proceso hacia un fin reside en el hecho de que el sistema global puede ser el factor determinante o la explicación del comportamiento de las partes. Un acontecimiento no depende de otros acontecimientos variables, sino de un sistema. Elucidado el sistema se hace comprensible el acontecimiento aislado. Dentro de un solo sistema caben el carácter funcional de la lengua y la diversidad de funciones lingüísticas. Esta pluralidad de funciones sometidas a sus normas propias explican la defensa que hace Jakobson del lenguaje como medio de comunicación, sin excluir otros fines.

Hacia una teoría integral de la lengua. Se pueden identificar cinco líneas que Jakobson sigue en la descripción y explicación de los hechos lingüísticos. Cada una de ellas como partes o elementos de un todo le dan a la teoría jakobsoniana de la lengua un carácter estructurado, jerárquico y, por ende, integral, según Holenstein. Esas líneas son:

a) Los ejes de la lengua. Saussure toma de Kruszewski la teoría de los dos ejes y ambos subrayan el carácter creador de las relaciones asociativas paradigmáticas hasta el punto de que lo que distingue al lenguaje humano de cualquier otro sistema de signos son las leyes de la combinación y de la sustitución. Saussure limita sin embargo, la caracterización asociativa de las unidades al paradigma y da a éste un carácter de estaticidad confundiendo con el código, mientras que al sintagma lo identifica con el mensaje (*parole*) y lo hace dinámico. Jakobson critica estas antinomias saussureanas, pues existen reglas generales de combinación que sólo se pueden atribuir al código y, por otra parte, el código sufre mutaciones constantes.

b) Las funciones de la lengua. El punto de partida del estudio funcional de la lengua en el Círculo de Moscú es la distinción entre lenguaje de la comunicación práctica y lenguaje de la poesía.

Jakobson asume el triple carácter instrumental de la lengua a partir de los tres "fundamentos" de la situación lingüística, dados por Karl Bühler, a saber, destinador, destinatario, y los objetos del discurso. Luego, amplía el modelo incluyendo la estructura del mensaje o medio lingüístico que en poesía, se orienta hacia al signo; añade el contacto y el código. En total, seis diferentes factores con diferentes funciones que posibilitan diversas clases de mensajes en cada uno de los cuales aparece una función dominante y otra subordinadas a la misma. En verdad, se trata de una realización simultánea de diferentes funciones, pero con su organización jerárquica en un texto dado. Una de estas funciones es la función en la orientación hacia el instrumento verbal, hacia la expresión en todos sus niveles y facetas. Las estructuras latentes de la lengua se actualizan en poesía; allí, adquieren vigencia y valor los principios básicos de la lingüística estructural: autonomía e interdependencia, multiplicidad de funciones, relaciones entre el todo y las partes y de éstas entre sí.

c) Unidades de la lengua. Las unidades aparecen en escala ascendente: rasgo distintivo, fonema-morfema-palabra-sintagma-enunciado o texto. Cada una de las unidades de la escala ascendente difiere en la anterior tanto cualitativa como estructuralmente. Cada una de ellas tiene vínculos diferentes con el código. A medida, pues, que asciende la escala hay mayor libertad; a medida que desciende hay mayor dependencia. Más que de reglas de subordinación se trata únicamente de reglas de coordinación. Esta jerarquía de las unidades lingüísticas es quizá, "el ejemplo más eficaz y complejo de las relaciones entre las partes y el todo". Ninguna de las unidades puede ser considerada como unidad de base absoluta a partir de la cual se constituye la lingüística, pues como lo anota Holenstein: "No se pueden identificar las particularidades de una unidad lingüística sino en su doble dependencia de los constituyentes y del contexto más amplio dentro del cual aquélla se inscribe" (p. 197).

d) Las fases del acto de la palabra. El acto de la palabra se estructura en una escala de etapas ascendentes, igual que lo sucedido con las unidades de la lengua. Las etapas son: intención, inervación, producción gradual, transmisión, audición, percepción, comprensión. Lo que Jakobson llama "producción gradual" normalmente es articulación; "acústico" y "auditivo" no están definidos claramente. Se sabe, por otra parte, que la fase fónica incluye la recepción psicológica; la audición se divide en dos etapas, a saber, la recepción por el oído (fisiológica) y la recepción por el sistema nervioso del cerebro (neurológica). Pero el "sentido" no es un epifenómeno de la percepción auditiva. Como ya se dijo, son los sonidos en cuanto valores lingüísticos, y no la producción articulatoria los

que llaman la atención de los interlocutores en la comunicación, es decir, que es el uso lingüístico de los sonidos escuchados lo que tiene prioridad sobre el simple fenómeno acústico (p. 212). En este proceso hay transformaciones sucesivas del sonido. Aunque los rasgos distintivos de los fonemas no sean portadores autónomos de significación positiva son, sin embargo, los elementos que sirven para diferenciar los sentidos. Esta transformación sucesiva que va de la inervación neurológica al reconocimiento psicológico no es, dice Holenstein, una transformación material, sino una transformación estructural (p. 214). Se entenderá así lo que el mismo autor opina cuando dice que el sentido existe a todos los niveles, aunque estructurado de diferente manera.

e) Las relaciones interdisciplinarias de la lingüística. Estas relaciones surgen del carácter social del lenguaje. La lengua es un valor cultural y el medio de que se valen todas las ciencias para formular sus teorías. Como tal, es un ingrediente de la cultura, y ésta no existe sin la comunicación. Según Sapir, citado por Jakobson, "todo modelo cultural y todo acto de comportamiento social suponen una comunicación ya sea en el sentido explícito, ya sea el sentido implícito" Todas las ciencias, incluida la lingüística, son autónomas pero no autosuficientes; el aislamiento igual que la invasión de otros dominios conduce a "una especie de colonialismo donde se impone a una ciencia las leyes que son propias de otras" (p. 233).

Conclusión. El libro de Holenstein constituye un aporte serio y novedoso sobre la obra jakobsoniana, conocida a fondo por el investigador, bien relacionada en sus partes y todos, "todos parciales" en búsqueda de una unidad mayor, y elevada a la categoría de una empresa intelectual de sesenta años o más, donde aparece como ingrediente el pensamiento de Husserl, en tanto que "filosofía subyacente"; pero donde existen otras inquietudes, valores y experiencias de alto y diversificado valor científico y humano. Razón por la cual el autor compara a Jakobson con Leibniz y su idea de una ciencia general (*mathesis universalis*). En este caso la lingüística, colocada al centro de las ciencias del hombre, porque el maestro ruso precisamente por el hecho de ser lingüista no reconoce nada de lo relacionado con la lengua que le sea ajeno: *Linguista sum: linguistici nihil a me alienum puto*", parafraseando así la frase de Terencio: "soy hombre y nada de lo humano me puede ser extraño".

LUIS ENRIQUE SENDOYA